

J Bola - Un baile de máscaras: redefinir la masculinidad

Un hombre de verdad

¿Cuántas veces has oído una frase del estilo de «un hombre de verdad cuida de sus hijos», o «un hombre de verdad no le es infiel a su pareja», o «un hombre de verdad cubre todos los gastos», o cualquier otra cosa que empiece con «un hombre de verdad» (o «los hombres de verdad») seguida de un conjunto de estipulaciones relacionadas con cada acción concreta? El «hombre de verdad» no existe. La propia frase se basa en ideales patriarcales que refuerzan todo aquello que se espera de un hombre. Y, en muchos casos, el contexto en el que se utiliza la frase apenas dice algo positivo sobre la masculinidad o sobre ser hombre. Fijémonos en «un hombre de verdad cuida de sus hijos». Eso es algo que debes hacer como progenitor, al margen de tu género. El hecho de que solo un «hombre de verdad» cuide de sus hijos implica inherentemente que el resto de los hombres, en general, no cuidan de sus hijos, ¿y en qué lugar deja eso a los hombres? La expresión «hombres de verdad» nos lleva de vuelta a la liga de élite en la que se supone que deben jugar los hombres, una liga a la que solo pertenecen los «hombres de verdad». La idea de que los «hombres de verdad» deben proporcionar los sustentos de la familia también se fundamenta en circunstancias materiales o económicas y no tiene en cuenta ni las desventajas ni las exclusiones sociales. La intención de estos estereotipos es reforzar unas ideas muy limitadas de lo que un hombre puede y no puede ser: se utilizan en toda una serie de contextos y pueden llegar a someter a los hombres a una presión enorme.

Compórtate como un hombre

Esta frase suele utilizarse como una herramienta de silenciamiento emocional, y sobre todo se les dice a los niños durante la infancia. Imagina la siguiente situación: un niño está jugando en la calle y se cae al suelo, se raspa la rodilla y se pone a llorar. Va corriendo a su padre o a su madre, quien —muchas veces sin ser consciente de los efectos perjudiciales que puede ocasionar— le dice que «se comporte como un hombre», que los niños tienen que ser fuertes y otras frases del estilo. Así, los niños aprenden enseguida que expresar las emociones, y en especial las que muestran vulnerabilidad como puede ser el llanto, son debilidades, e internalizan esta idea de forma que, cuando pasan de ser niños a adolescentes y luego a adultos, reprimen sus emociones internamente sin siquiera darse cuenta.

«No me seas marica»

Esta frase se utiliza casi exclusivamente cuando los hombres establecen cierta intimidad (no sexual) entre ellos, cuando expresan sus sentimientos o vínculos de una forma que trasciende a las expectativas hipermasculinas. Puede ser algo tan simple como decir «te quiero», o como que dos hombres se abracen o se cojan de la mano. Sea cual sea la manifestación, cuando se da entre dos hombres y los acerca, suele reaccionarse de esta manera. También está el problema de cuando los hombres dicen cosas como «sin mariconadas» o «no homo» por las mismas razones que en el caso anterior, pero sin decir abiertamente que ese algo «es gay». Por ejemplo, puede que un hombre le diga a otro: «Hoy tienes el guapo subido..., sin mariconadas». Se trata de un comentario homófobo malicioso. Aunque suele decirse con tono de broma, no deja de perpetuar una noción tóxica y muy arraigada en la masculinidad: que si los hombres se preocupan los unos por los otros, se hacen cumplidos o se demuestran afecto, es importante que dejen claro que son heterosexuales.

Los hombres no lloran

Podría decirse que es la continuación del «compórtate como un hombre» que los niños arrastran consigo hasta que se convierten en adultos. Me acuerdo a la perfección de la primera vez que vi, de pequeño, a mi padre llorar. Me dejó atónito. Durante toda mi infancia me habían dicho que fuera fuerte y que no llorara, y de repente tenía a la persona a quien consideraba la mayor fuente de fortaleza del mundo llorando frente a mí. Pero, en lugar de pensar que no pasaba nada por llorar, la conclusión a la que llegué a medida que me iba haciendo adolescente fue que tenía que asegurarme de ser lo bastante fuerte —más fuerte incluso que mi padre— para que nadie me viera llorar jamás; para que nadie viera jamás mis debilidades. Me llevó mucho tiempo dejar de pensar de esta manera. Ahora no me incomoda llorar, y puedo hacerlo en cualquier lugar: cuando termina una obra de teatro, en un concierto, después de perder un partido de baloncesto o cuando estoy solo. Incluso aprovecho para llorar un ratito mientras pico cebolla cuando cocino, y así mato dos pájaros de un tiro. Tras varias conversaciones, me he dado cuenta de que muchos de mis amigos adultos siguen sin sentirse cómodos con este grado de vulnerabilidad. Tengo amigos que afirman no haber llorado en años, o que no derramaron ni una sola lágrima en un momento trágico, como cuando falleció un ser querido o durante una ruptura amorosa. Además, llorar no está reservado para los momentos negativos; es una manifestación de lamento y tristeza, pero también puede expresar con la misma intensidad una alegría y una felicidad arrolladoras (¿acaso no nos encanta ver a un hombre llorar el día de su boda?), y ambas opciones son perfectamente válidas.